

dernos» sino, más bien, continuidades historicistas de la vieja concepción cosmoteológica, propia de la premoderna ciudad sacra. Y la revuelta contra ellos no sería «postmoderna». Por el contrario, «expresaría el pleno despliegue del espíritu antitradicionalista» (p. 131).

El último capítulo del libro resulta especialmente atractivo. Centrado en la legitimación del poder secular, parte de las injustamente preteridas aportaciones de Ortega y Gasset² y Guglielmo Ferrero, quienes, cada uno a su manera, expusieron cómo la concordia civil radica en el difícil equilibrio que permite a la autoridad ser ejercida, bien como una «piel» que protege sin causar molestias (Ortega), bien como una tutela ejercida por unos nuevos dioses lares o «genios invisibles de la ciudad» (Ferrero). Sin embargo, los desgarros propios de los dos últimos siglos, dominados por la injusticia capitalista, la guerra y los totalitarismos hacen inviable el sutil ejercicio de legitimación propuesto por estos clásicos, contribuyendo a que arraigue, muy específicamente en la izquierda comunista, el mito de la «revolución palingénica». Menos mal, opina Pellicani, que la erección, primero, del Estado de bienestar, y, después, el colapso del imperio soviético, desmontan tan perniciosa mitología, devolviendo a la ciudadanía a la siempre difícil tarea de progresar en el perfeccionamiento de la ciudad democrática y secular.

Sin duda hubiera sido de agradecer una reflexión más extensa sobre los nuevos retos de la democracia en la era global, digitalizada y cargada de ansiedad difusa. También entiendo que se merecía mayor longitud el capítulo dedicado a la definición de la sociología como conciencia crítica de la modernidad. No obstante, son estas objeciones menores a una muy valiosa obra que, en conjunto, destaca por su valentía, rechazo de ortodoxias y estereotipos, hondura de juicio y elegancia formal. Obra que, en mi opinión, supera en importancia a *A Secular Age* de Charles Taylor y, con esto concluyo, reclama una pronta traducción al español.

José Enrique RODRÍGUEZ IBÁÑEZ

*Everything is Obvious. *Once You Know the Answer. How Common Sense Fails Us*

Duncan J. Watts

(Nueva York, Crown Business, 2011)

Son pocos los libros de sociología cuya lectura invita (o compele) a quedarse en vela toda una noche. Este es uno de ellos. La chispa salta de la provocación que supone cuestionar lo incuestionable: la tesis que el libro sostiene es que el sentido común que ensalzan abuelas y expertos no es tan buen consejero como nos han venido contando; no, al menos, cuando se trata de cultivar el buen pensar y superar nuestros sesgos cotidianos. El resultado es un

² Pellicani es, con toda seguridad, el mejor intérprete que ha tenido Ortega y Gasset en su faceta de sociólogo. Aparte de escribir el libro citado en la nota precedente, el autor ha recurrido a la obra y los conceptos orteguianos en numerosos pasajes de su producción científica y divulgadora. Incluso se preocupó, a través fundamentalmente de la revista *Mondoperaio*, de inspiración socialista, de trasladar el pensamiento de Ortega al debate político italiano.

libro que, empezando por el título (en español, *Todo es obvio. *Una vez que conoces la respuesta*), no tiene desperdicio y que dejará al lector con la sensación de quien se asoma al vacío cuando apenas le amarra una cuerda (léase, método científico); también le dejará con muchas ganas de dar el salto.

Duncan Watts, autor del libro, es un colega de profesión poco convencional. Empezó su carrera académica al otro lado de la zanja, en el dominio de las ciencias duras. Su interés en las redes sociales y las dinámicas de grupo le hizo saltar al campo de la sociología. Llevó a cabo esa transición entre los grandes sociólogos de Columbia, universidad en la que ocupó una plaza de catedrático antes de dar otro salto (cuando aún no había agotado sus treinta) a una de las más importantes empresas de internet. Desde 2007, Watts dirige un grupo de investigación puntera que trata de poner orden al mar de información que generan las interacciones humanas en la red. En su bagaje está la experiencia de haber liderado ya una de las pocas revoluciones científicas de las últimas décadas. Su investigación en el campo de las redes complejas (el entramado de interacciones que hace que el todo sea más que la suma de las partes) consiguió lo imposible: hermanar las agendas de investigación de disciplinas dispares bajo un mismo lenguaje y tras la búsqueda de unos mismos principios teóricos. Sus dos libros anteriores, *Small Worlds* y *Six Degrees* (Watts, 1999; 2003), son los estándares de esa revolución, como lo son los centenares (si no miles) de artículos que manaron de sus ideas. *Todo es obvio* atestigua su voluntad de seguir ondeando banderas revolucionarias, sin las estrecheces de mira que imponen las fronteras disciplinarias, y con la misma curiosidad entusiasmada de quien zarpa por primera vez buscando orillas nuevas.

Todos los que nos dedicamos a la tarea de escrutar lo social nos hemos enfrentado alguna vez a la expresión pasmada del interlocutor que, escuchando las conclusiones de nuestra investigación, no acaba de entender por qué fue necesario hacerla en primer lugar. (También nos hemos enfrentado al interlocutor efusivo que asume que los sociólogos tenemos una respuesta para todo; amigos y familiares abundan en esta categoría.) Tras esa actitud se ocultan los tentáculos del sentido común, la convicción intuitiva de que siempre es posible encontrar razones para explicar por qué las cosas son como se nos muestran a poco que se piense ordenadamente sobre ello. Siguiendo el ejemplo que usa Watts (que a su vez está basado en un estudio sociológico sobre soldados estadounidenses durante la Segunda Guerra Mundial), si un investigador nos revela que las personas de procedencia rural viven mejor la experiencia militar, no nos resultará difícil encontrar razones que expliquen el porqué: las condiciones de vida en el campo, diremos, son más duras que en la ciudad y la gente de procedencia rural, acostumbrada a las penurias del trabajo físico, es más dada a adaptarse a la vida militar. Si, de repente, el investigador rectifica y nos cuenta que, en realidad, son los hombres de ciudad quienes se adaptan mejor al ejército, nos costará poco virar en nuestro argumento y encontrar razones que también lo justifiquen: los urbanitas, diremos esta vez, están más acostumbrados a las jerarquías del trabajo típicas de grandes corporaciones, saben lidiar mejor con multitudes y situaciones de estrés, están más acostumbrados a seguir reglas de etiqueta, etcétera, etcétera. Esta es la espiral en la que, según el libro, nos atrapa la lógica de nuestro sentido común, reafirmante de convicciones previas y combustible de tantas sesiones tertulianas, pero mal consejero si lo que se persigue es que avance nuestro conocimiento del mundo y que las elucubraciones cedan paso a los hechos.

El libro está lleno de ejemplos del tipo de trampas que el sentido común nos tiende sin que, en la mayoría de los casos, seamos conscientes. Watts nos habla, por ejemplo, de los sesgos de nuestra cognición y de cómo esos sesgos determinan muchos de nuestros actos.

Al salir de un supermercado, tendremos razones muy convincentes de por qué pusimos en el cesto los productos que compramos; pero esas razones obviarán los efectos que la música de fondo, el orden de las estanterías, el color de las etiquetas o el comportamiento de otros clientes tuvieron en nuestra decisión de escoger un producto de entre tantos. Las historias que contamos para justificar nuestras decisiones no son representaciones muy fidedignas de los factores que, en realidad, desembocaron en nuestra forma de actuar; son, más bien, un retablo que nos ayuda a entender una historia mucho más compleja de lo que parece. Y esto sucede no solo a pie de calle, sino también en las oficinas de los representantes que diseñan políticas públicas, y de los ejecutivos que intentan encontrar el próximo éxito de ventas. Para ellos, la traba no es solo entender cómo actúan los individuos, sino cómo el comportamiento agregado que observamos a nivel colectivo o poblacional deriva de una multitud de decisiones individuales.

Parte del problema reside en nuestra dificultad innata para lidiar con lo arbitrario y admitir que el curso de los fenómenos que queremos explicar deriva, en buena medida, del azar y de la alineación de circunstancias. En uno de sus estudios, Watts y su equipo emularon un mercado de música en la web para experimentar con los efectos que distintas condiciones generan en las elecciones individuales, en este caso, entre una selección de canciones. Los usuarios de ese mercado fueron asignados de forma aleatoria a distintos entornos: en uno, podían ver qué canciones se estaban descargando otros usuarios; en otro, tenían que escoger entre las mismas canciones pero sin saber cuántas otras personas las habían descargado también. El objetivo de este tipo de experimentos es crear mundos paralelos con historias independientes que permitan determinar hasta qué punto la escalada al éxito depende solo de la calidad del producto o de los efectos aleatorios que la influencia social y, en particular, la ventaja acumulativa, introducen en el proceso. El estudio mostró que el éxito de esos temas venía dado, en parte, por la influencia social y, en parte, por la calidad musical de las canciones; pero también que una buena dosis de la diferencia de éxito derivaba de pequeñas diferencias iniciales que, a base de influencia, se fueron magnificando con cada descarga. Lo que este estudio muestra, en otras palabras, es que cuando las personas son influidas en sus elecciones, grupos similares de gente pueden acabar generando dinámicas colectivas con resultados muy dispares. La conclusión de este estudio seguramente no será de mucho agrado para los ejecutivos que sigan empeñados en encontrar su mina de oro —básicamente les dice que no hay forma de predecir cuál será su siguiente gran adquisición—. Pero es una buena advertencia para quienes están más interesados en desentrañar las verdaderas razones que hay detrás de las dinámicas sociales.

El método científico nos puede ayudar en ese empeño porque está diseñado para reencontrar nuestra mente y enseñarnos a lidiar con lo aleatorio, a aislar la señal del ruido circunstancial. Cuando se trata de proyectar cohetes a la Luna, argumenta Watts, ese método funciona, ¿por qué no sucede lo mismo con nuestra forma de entender la realidad social? Primero, porque estamos programados para pilotar el mundo de las interacciones sociales asumiendo un orden y un propósito. Segundo, porque todos tenemos una versión de ese mundo, y cada versión (y sus consecuencias) forman parte de la historia que hay que explicar. Conviene advertir que el libro liquida en una nota al pie la escuela de pensamiento interpretativa según la cual «las teorías sociológicas deberían ayudarnos a dar sentido al mundo, y proporcionarnos un lenguaje con el que argumentar sobre él; no deberían intentar hacer predicciones o solucionar problemas, y por lo tanto no deberían ser juzgadas a la luz del test pragmático en primer lugar» (p. 253, n. 11, traducción propia). Pero, al mismo tiempo, el libro parte del reconocimiento de que las relaciones humanas fluyen entre los andamios de reglas

sociales implícitas. Aunque no lo cita, este punto de partida apela a la misma noción de trasfondo de la que habla el filósofo John Searle en *La construcción de la realidad social* (1995). Este libro fue recibido como un ataque frontal a la casi-homónima obra de Berger y Luckman, *La construcción social de la realidad* (1966), que, a ojos de una buena parte de la comunidad académica, llevaba demasiado lejos la capacidad de autoría de la mente humana.

El contraste entre esos dos títulos, y los principios del realismo externo que Searle pretendía ensalzar, abren una gran puerta de entrada para los estudiantes interesados en la investigación social; *Todo es obvio* da, para suerte de las nuevas generaciones, una alternativa más amena y, sobre todo, más diestra en las artes que promulga. En otra de sus historias de laboratorio, Watts nos cuenta cómo usando una aplicación de Facebook puso en entredicho el proverbial «dime con quién andas y te diré quién eres» (la expresión popular de lo que los sociólogos llamamos «sesgo de autoselección»). Con su estudio mostró que muchas de las opiniones que atribuimos a nuestros más allegados no son las que, en realidad, sostienen; en otras palabras, que no conocemos a nuestros amigos y conocidos (ni siquiera a nuestras parejas) tan bien como creemos. ¿Acaso no es esta una manera mucho más persuasiva de matizar a quienes consideran que todo es una construcción social?

Y es que este libro no pierde demasiado tiempo en discusiones sobre el estatus del conocimiento o del mundo sobre el que versa. Predica, en su lugar, con el ejemplo. Watts se enfrenta sin rodeos a los problemas centrales de la investigación social. El más prominente entre ellos es el estudio de la conexión entre acciones individuales y patrones de comportamiento agregado, el problemático vínculo micro-macro, que ataca a través de varias de sus ramificaciones, entre otros, los procesos de acción colectiva, la difusión de ideas o los fenómenos de contagio. Su arsenal analítico incluye experimentos, simulaciones y análisis de datos observacionales, a una escala y resolución que solo las vastas bases de datos digitales permiten alcanzar. El eje común que aúna a muchos de sus estudios, y su propuesta para enlazar los niveles de análisis micro y macro, derivan del análisis de redes, de cómo los patrones de interacción articulan la interdependencia de los individuos y filtran los procesos de influencia. La parte más combativa del libro es la que pone en entredicho a Malcolm Gladwell, autor de *The Tipping Point* (traducido al español como *La frontera del éxito*), cuyo relato de por qué algunas tendencias se convierten en fenómeno de masas es, a la luz de este libro, un ejemplo perfecto de los abusos en los que puede incurrir el sentido común. También hay cierto desparpajo (alguno diría insolencia) cuando Watts discute, con la complacencia de un *enfant terrible*, por qué la Mona Lisa y Shakespeare han llegado a ser insignias del canon occidental. Y como Historia solo tenemos una, es difícil replicarle que el azar no metió mano también en este asunto.

Si hay algo que recrimino a este libro es que no acaba de dar cuenta del papel que los instintos juegan, a pesar de todo, en el quehacer del investigador. En el prólogo de su libro anterior, Watts habla del aura de inevitabilidad que, a tiempo pasado, acompaña al relato de los grandes logros científicos, ilusión que no asoma ni remotamente cuando uno está embarcado hasta los codos en el proceso de descubrirlos. Muchas de las críticas que Watts hace a quienes ven en la historia o en los modelos predictivos más determinismo del que pueden tener se aplican también al proceso de investigación: del mismo modo que los acontecimientos históricos son, mientras se viven, un amasijo de eventos de entre los cuales no es posible discriminar cuál será determinante, también es imposible saber qué preguntas son las que darán buenas respuestas; saberlo implicaría conocer el futuro, y hacer de la investigación un

ejercicio absurdo. Puede que el sentido común no sea tan de fiar como nos hacen creer, pero la intuición sigue siendo el sabueso que nos guía en el laberinto de los datos. Y, al final, uno tiene que dar el salto amarrado a la fina cuerda, y eso no es cuestión de ciencia, sino de impulso irreflexivo. La crítica que el libro hace a nuestro instinto es, por esta razón, a veces un poco injusta y un tanto presuntuosa.

En general, no obstante, este libro es una generosa ofrenda, escrita en estilo divulgativo y con buen humor; pero también rebosa de aportaciones: sus páginas se fundan sobre los cimientos de la mejor ciencia, transitando por galerías que en muchas ocasiones no se hubieran abierto sin el trabajo que Watts y sus colaboradores llevan haciendo durante años. Las notas al final del libro, repletas de referencias bibliográficas, son de lectura obligada para quien quiera profundizar en esa trayectoria. Este libro es un aliento a la investigación imaginativa y ambiciosa, pero también una cura de humildad. Estudiantes y profesores sacarán buen provecho de su lectura y, lo que es mejor, buenas dosis de inspiración.

Sandra GONZÁLEZ BAILÓN

BIBLIOGRAFÍA

Watts, Duncan J. (1999): *Small Worlds. The Dynamics of Networks between Order and Randomness*, Princeton, NJ: Princeton University Press.

— (2003): *Six Degrees. The Science of a Connected Age*, Londres: William Heinemann.